

## Panegírico de Fr. C. de Utrera (En la Iglesia de las Mercedes)

Por el Pbro. Pedro P. Báez González

Desde el momento inesperado en que supimos la dolorosa noticia de la muerte del reverendo Padre fr. Cipriano de Utrera, cuya realidad palpamos ahí, nuestra alma de creyente se ha detenido más de una vez en la lectura y meditación de las alentadoras y sublimes páginas del Apóstol Pablo a los Corintios en que expone la doctrina de la resurrección de la carne y de la inmortalidad, y hemos exclamado al pensar en la vida del Padre Cipriano, con el mismo reto que el Apóstol de las Gentes lanza a la muerte: *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus?* ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

Para nosotros, los que llevamos en el corazón la fe en Dios y descansamos en las promesas de Cristo, la muerte no es el fin, no es la destrucción del ser, la muerte es comienzo de la vida, la llave de oro que nos abre las puertas resplandecientes de la inmortalidad.

Desdichado del hombre materialista que desconoce la excelsa razón de la existencia y el destino sublime, Señor, para el cual tú nos creaste a imagen y semejanza tuya! . . . Desdichado del que no descubre en la contemplación de las bellezas de los mundos lo que la inteligencia y el alma del Psalmista ha vislumbrado en ellos cuando exclama: *Coeli enarrant gloriam Dei!* . . .



Inmortalidad! . . . Tal es la aspiración, no sólo de nosotros los que trillamos la senda de la Fe con las miradas puestas en los Cielos, es aspiración de todo hombre que, por mandato innato de la naturaleza, tiende a proyectarse en el tiempo por medio de la sangre y de su nombre; por medio del estudio, de las letras, de las artes o de las ciencias, entregando a la humanidad, para su provecho, el esfuerzo realizado; o por medio de la Caridad, llama divina, que Pablo en carta a los Corintios describe y alaba en una de sus más bellas páginas, o en fin, por el ejercicio del bien que sacia necesidades y colma al alma de paz y de sosiego. Buscamos en todo o la perennidad en el tiempo como fruto de la inteligencia o del brazo, o aspiramos a la inmortalidad como recompensa eterna de la virtud en el Reino de los Cielos.

El hombre no es un individuo solamente, es un ente histórico, sus raíces están en el pasado, su actuación en el presente y su proyección en el futuro. Investiga su pasado para verse en él, para conocerse, con sus virtudes, sus taras y sus errores; errores, taras y virtudes que también proyectará en el futuro. Eso soy "yo", eso somos nosotros.

Considerado el hombre en esta forma metafísica, de mayores proyecciones y valores más amplios, la Historia aparecerá con significación más ilimitada, más extensa, y el hombre con marcada importancia como entidad social que tiende al fin de su creación.

Los pueblos no todos tienen igualdad de importancia y de significación histórica. En los impenetrables designios de Dios algunos han tenido y tienen marcado papel trascendental en el curso y desenvolvimiento de los sucesos de ese mismo "yo" y del género humano.

La labor del Padre fr. Cipriano de Utrera como investigador de nuestra Historia Colonial, ya que más que ninguna otra tiene proyecciones continentales, considerémosla brevemente.

La Hispaniola parece tener en esos designios una misión a cumplir señalada y predeterminada en el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo: sobre ella se edificará el porvenir de la Amé-



rica Hispana. No es la primera tierra descubierta; la isla Fernandina pasa cuasi inadvertida ante la mirada atónita del Gran Almirante, y, sin embargo, queda encantado de la nuestra, y en ella por vez primera los españoles se establecen en tierra nueva, se organiza la primera colonia, se funda la primera ciudad, se explotan las primeras riquezas; aquí comienza la predicación del Evangelio, y la civilización y la cultura europeas, desde aquí, irradian al continente. Por aquí pasan todos los descubridores y conquistadores, los colonizadores y aventureros, los misioneros y evangelizadores para recorrer la cuenca del Caribe y aún más allá. España tiene aquí su hija primogénita, y aquí es donde primero se mezclan las sangres, y brota el primer grito de rebeldía y se firma el primer pacto con América. Aquí florecen su lengua y su cultura, su religión y sus costumbres, su caballerosidad e hidalguía con sus Quijotes y sus Sanchos, con sus ambiciones, sacrificios y heroísmos, y da comienzo la epopeya más grande de todas las razas.

La importancia de la obra del Padre Cipriano está en hacer que nos conozcamos a nosotros mismos como ente histórico. Su labor comienza dentro de los límites estrechos de que disponíamos. Estudia a nuestros historiadores, aquellos consagrados, pero carentes de fuentes de información suficientes para disipar las penumbras de muchas verdades históricas, como Antonio Delmonte y Tejada, José Gabriel García, Carlos Nouel, Apolinar Tejera y tantos otros a quienes la gratitud y las letras nacionales conservarán en la memoria y en sus obras impecederas.

Recuerdo que en 1917 fuí encargado de la organización del Archivo General de la Arquidiócesis hasta el año 1925. En ese lapso concurría el Padre Cipriano asiduamente al Archivo; recibí órdenes del gran Patricio Monseñor Dr. Don Adolfo Alejandro Nouel, gloria del Episcopado Americano, de proporcionar al Padre Cipriano todo documento o información que solicitara, como también las copias de los documentos que periódicamente recibía del Archivo de Indias.

Con tan pocas fuentes comenzó su ingente obra hasta un día en que el Mecenaz de las Letras, de las Artes y de las Ciencias nacionales, el Generalísimo Trujillo, en reconocimiento de la capacidad y consagración del Padre Cipriano, viene en ayuda, franca y





decidida, para acortar distancias, abrir puertas, vencer obstáculos en Norte y Centro América, en Méjico, Colombia, Cuba, Puerto Rico y Venezuela.

Y ahora vemos al humilde hijo de San Francisco convertido en peregrino de la Historia, desempolvando infolios carcomidos, por trazas y polillas, con la avidez, amor y perseverancia propios del infatigable genio de investigador que le anima y le impulsa.

Peregrino de la Historia no se sacia con lo que realiza en esas naciones; sus ansias y su inquietud histórica no hayan reposo hasta el día en que se dirige a su amada Patria, España, donde pasa años y años en el Archivo General de Indias. Cuántas veces, a pesar de la distancia, divagó su imaginación por nuestra tierra, ciudades y monumentos, lomas y sabanas reconstruyendo la Historia Colonial de la Primada de las Indias! . . .

Peregrino de la Historia la muerte le habrá de sorprender lejos de nuestra patria en su pueblo natal, cuando realizaba investigaciones en el Archivo de Simancas, por encargo del Gobierno de la República y por selección del Generalísimo, dejando trunca la obra que realizaba.

Podemos resumir la labor histórica del Padre Cipriano de Utrera declarando que sus obras "constituyen el mayor aporte hecho hasta ahora en beneficio del conocimiento y estudio de nuestra Historia Colonial", que ha sido él quien ha dado mayor impulso, amor e interés a dichos estudios en esta generación que va pasando y en la que va formándose actualmente, y en fin, que será siempre fuente segura de información puesto que todo cuanto escribió se fundamenta en el inmenso acopio de documentos originales.

No puede olvidar nuestra gratitud al sacerdote que llega en 1910 a nuestras playas, con los impulsos y bríos de la juventud, y se nos prodiga todo sin reservarse nada. Se dedica al ministerio sacerdotal y al magisterio; funda la escuela "Divina Pastora", forma una juventud en la ciencia y en la virtud cristianas, escribe cartillas didácticas para subsanar la deficiencia o carencia de textos; se convierte en profesor de música, organiza la banda infantil "Divina Pas-



tora”, para solemnizar los cultos y recorre con ella las regiones del Este y del Sur de la República.

Penetremos en su alma de Misionero Capuchino edificada en el espíritu de pobreza evangélica del Poverello d’Assisi: paréceme verle camino de su humilde celda, para entregarse a la oración y dedicarse a sus estudios hasta altas horas de la noche. Ama a la Hermana Pobreza y su espíritu de austeridad nos recuerda a los primeros hijos de San Francisco y a los que evangelizaron de nuestra América. La amistad, (cómo debemos recordarla! . . .) fué virtud que le adornó y que supo cultivar con selección y esmero! . . .

Detengámonos aquí... largo tiempo necesitaríamos para estudiar su obra histórica y penetrar en su alma franciscana que jamás perdió la humildad con los honores humanos. Medio siglo cumplirá la Orden Capuchina de trabajos y sacrificios en nuestra Patria, humilde y callada, buscando la gloria de Dios en la “Paz y el Bien”, predicando la fe y la caridad en las almas que le han sido encomendadas. Y al pasar a la historia este hijo de San Francisco, el nombre del Padre Cipriano será prenda de gloria para la Orden Capuchina. Por eso exclamamos con S. Pablo, “Dónde está, oh muerte, tu victoria? Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” . . .

Duerme tu sueño, Padre Cipriano, de fe y de esperanza, que tus hermanos en Religión tendrán una plegaria por tu alma franciscana, para que Dios te conceda la inmortalidad en el goce de la fruición divina.

Duerme tu sueño eterno, Padre Cipriano, en paz y tranquilidad: que la juventud que formaste recordará tu nombre.

Duerme tu sueño, Padre Cipriano, con la placidez de la amistad: que a los que nos honraste con la tuya guardaremos complacidos tu memoria.

Duerme tu sueño, Padre Cipriano, aquí en tu segunda Patria y en este templo patronal: que en tu sepulcro depositaremos tierra de tu grande Madre España, en armonioso amacijo de las dos naciones de tus amores: España y la Española.



**Duerme tu sueño, Padre Cipriano, cubierto de flores de reconocimiento: que tus compañeros de la Academia Dominicana de la Historia proyectarán tu nombre y tus obras en la perennidad del tiempo.**

